



textos

Julia Bottai

Emilie Rivas

ilustraciones

Romain Rachlin

BAJO TECHO AJENO

Historias de niñas trabajadoras
en el servicio doméstico en Marruecos



Save the Children

autores: texto e ilustraciones

Julia Bottai / Emilie Rivas / Romain Rachlin

edita

Save the Children

D.L.: B-52976-2006

colabora

Diputació de Barcelona

textos / Julia Bottai y Emilie Rivas **ilustraciones** / Romain Rachlin

BAJO TECHO AJENO

Historias de niñas trabajadoras en el servicio doméstico en Marruecos

«A todas las Petites Bonnes, las mujeres de la asociación Ard al Atlaf, Javier Ruiz, Mareike Fiedler,...»

A MODO DE PRESENTACIÓN

Aicha se mira las manos y no le gustan. Son manos de niña trabajadora, de alguien a quien un día dijeron que tenía que servir en una casa que no era su hogar, bajo un techo ajeno. Son las manos de una infancia robada. Lo mismo le ocurrió a Ikram que, con apenas 8 años, conoció los gritos, los golpes y el desprecio que también sintieron Nora, Najoua, Khadija y al menos 66.000 niñas marroquíes que desde la tierna infancia se convierten en Cenicientas cuya historia, probablemente, no terminará con un príncipe azul. Son las petites bonnes, niñas, mayoritariamente de

las áreas rurales de Marruecos, que desde muy temprana edad, a veces desde los 7 años, trabajan como criadas en hogares acomodados de las grandes ciudades de aquel país.

Save the Children – España, presente en Marruecos desde 2002, no sólo es testigo de esta realidad, sino que trabaja para cambiarla, ya sea a través de la denuncia pública de esta situación como trabajando con estas niñas en proyectos destinados a mejorar sus condiciones y calidad de vida. Como organización cuyo mandato, desde 1919, es proteger los derechos de la infancia en el mundo, se ocupa de que los poderes públicos, aquí y en los más de 100 países en los que trabaja, se comprometan a hacer cumplir las normas internacionales sobre los derechos de la infancia. El caso de las petites bonnes es demasiado grave como para obviarlo.

El daño causado a estas niñas es múltiple: sufren no sólo el dolor físico de jornadas de 14 a 16 horas, sino también la falta

de sus seres queridos, el desprecio de quienes las contratan, el olvido; sufren porque no tienen derecho a la infancia... porque nadie les habla, nadie las escucha. Una chica recordaba su primer día como criada: tenía, dice, siete años y le dijeron que limpiase la casa. La niña con rapidez y meticulosidad la dejó impecable. Ni una mota de polvo. «No me dieron ni las gracias – recuerda ahogando un gemido, – se limitaron a darme más tareas que hacer».

Con el título «Bajo un techo ajeno», Save the Children, con el apoyo de la Diputació de Barcelona, muestra la realidad de las petites bonnes, las niñas que trabajan como criadas en Marruecos, desde su propia perspectiva. Es el testimonio recabado por nuestras colaboradoras Émilie Rivas y Mareike Fiedler, que con el apoyo de Javier Ruiz, cooperante de Save the Children en Marruecos, han sido testigos sobre el terreno de esa realidad que queremos cambiar.

En cualquier caso, estos son unos relatos que no nos dejarán indiferentes...

ÍNDICE

Najoua	pág. 08
Aicha	pág. 18
Ikram	pág. 22
Nora	pág. 26
Khadija	pág. 36
¿Qué es Save the Children?	pág. 44



NAJOUA



INVIERNO

Mamá hoy me ha dicho que tengo que ir a la ciudad, a trabajar.

Me dijo que todo está arreglado, que me voy a trabajar a casa de una mujer que ella conoce, que vive en la ciudad grande. En Marrakech. Me dijo que yo también la conozco a esa mujer, que es de nuestro pueblo, que es buena. Pero yo no me acuerdo.

08
09

Tuve ganas de llorar. Ella me pidió que no me pusiera tan triste, pues todo será mejor así, porque ella, sola, no tiene cómo sostenerme, alimentarme, comprarme ropa, esas cosas. Además aquí en el pueblo no tendré nada que hacer, porque aquí no hay escuelas para niñas, mientras trabajando puedo aprender a cuidar bien de una casa - que es lo que debe saber una mujer - y encima nos pagarán. También que allá, en la ciudad, la vida es mucho mejor, podré comprarme cosas bonitas. Y que siempre podremos vernos en las fiestas.

Pero no se me pasaron las ganas de llorar.



Hoy llega la señora a buscarme.

Mi bolsa ya está hecha. La ha hecho mi mamá, ha puesto un pañuelo, un kaftan¹ y un pantalón. Yo la vi que estaba triste, pero ahora ya no me dice nada.

Llevo vestida mi ropa favorita, toda lila, y mi par de zapatos. Mientras mi mamá no veía, metí en la bolsa la cajita de madera que me regaló mi amiga Amina de la casa enfrente. Dentro le he puesto una piedrita verde que cogí esta mañana del patio, y aquella pulsera de cuentas que encontré un día en la calle.

Me duele. No quiero irme.



El viaje duró muchas horas. La ciudad es grande, la casa es grande. La señora tiene hijos solamente, ninguna hija. Ya son grandes también.

Ella es la única que habla conmigo. Hay mucho trabajo, limpiar la casa, lavar la ropa, cocinar, siempre tengo trabajo. Yo no sé hacer nada de esto, entonces ella me dice cómo. Me habla suavemente y me enseña.

Cada noche abro mi cajita, cuando nadie me ve.

¹Especie de túnica

PRIMAVERA

Hoy cumpla 7 años. La señora lo sabe, y me ha dicho feliz cumpleaños. Me ha dicho también que ya tengo edad para ir a la escuela, y que le gustaría que empiece a ir este año.

Quisiera contárselo a mi mamá.



He ido a la escuela por primera vez. He aprendido los números del 1 al 5 y he dibujado un sol y una nube. Una niña me preguntó mi nombre. Ella se llama Khalima.

Tengo ganas de ir otra vez mañana.

VERANO

Hoy ha venido mi mamá. Me indicaron que salga del comedor, pero yo oía todo desde la cocina. Mi mamá se quejaba de que la señora no le enviaba los 200 dirhams² mensuales de mi sueldo. La señora le contestó que me enviaba a la escuela, que me estaba pagando los materiales, me cuidaba, me daba de comer y vestir, y me enseñaba a cuidar de la casa. Mi mamá estaba muy enfadada, porque la señora no estaba cumpliendo el acuerdo y ella necesita el dinero. Entonces la escuché cómo se acercaba a la cocina y al entrar me dijo que recogiera mis cosas, que nos íbamos. Pero no me dijo adónde.

²Equivalente a unos 20 euros

OTOÑO

Hace doce semanas que he llegado a esta nueva casa, ahora es otra gran ciudad, estoy en Agadir. Esta casa es aún más grande, y fría.

Esto de las semanas lo sé porque ya he guardado doce semillas de dátiles en mi cajita. He aprendido a contar hasta 50 en la escuela, era lo que más me gustaba. Cada domingo, el día que vienen invitados a casa a comer, guardo una semilla en la cajita, es lo primero que hago antes de empezar a trabajar. Nunca me olvido. Y cómo debo ser la primera en despertarme, no me ve nadie.

Oculté la cajita en un rincón de la cocina, debajo del horno. Bien escondida. Soy yo la que limpia todo, así que no creo que la encuentren ahí. No quiero imaginarlo.

Si no pudiese guardar estas semillas, no sabría cuánto tiempo ha pasado. Todos los días son iguales.

Sólo cambian las estaciones.

INVIERNO

Aquí no voy a la escuela ni tampoco me hablan suavemente. Cada día me levanto a las cuatro de la mañana. Preparo el desayuno para toda la familia. Cuando todos están despiertos, pongo la mesa, les sirvo, comen, recojo la mesa, friego los platos, sólo entonces como yo, sola en la cocina, lo que ha sobrado. Y empiezo las tareas de la casa – lavar la ropa, tender, recoger las habitaciones, barrer, limpiar.

Llega la hora del almuerzo, lo mismo: cocinar, disponer la mesa, servirles, recoger la mesa, comer las sobras sola, lavar los platos, y volver a las tareas que me quedan - fregar el suelo, limpiar los cristales, y, lo peor, hacer el lavabo. Y ya es la hora de la cena. Toca prepararla, servirla, recoger la mesa, fregar. Así, cada día. Yo sola hago todo el trabajo de la casa. Me acuesto pasadas las diez de la noche, sólo me dejan acostarme cuando todos ya están durmiendo.

Después de dormir seis horas sobre una colchoneta en una habitación muy pequeña y sin ventanas bajo las escaleras, vuelvo a empezar. En la habitación hace frío, las noches de invierno son muy frías. Y huele mal, creo que antes esto era un lavabo.

Esas seis horas son mi único descanso. Aquí nunca aceptan que esté cansada, siempre tengo que estar haciendo algo, si ya he hecho todo el trabajo, la señora me da más. Trabajar, lavar, fregar, servir... Tengo la espalda destrozada y las manos que me arden, todas hinchadas.

Pero mi trabajo nunca está bien, aunque limpio lo mejor que puedo, nunca nadie me dice que lo he hecho bien. Ahora si me retraso en poner la mesa, aunque sea por hacer alguna otra tarea que me ha dado antes la señora, me insultan, me gritan que hago todo mal, me dicen «le pago un buen dinero a tu madre y ¡tú no haces nada para merecértelo!». Y muchas veces me pegan.



Me han dado unos trapos viejos para vestir. Y sólo puedo ducharme dos veces a la semana, porque no hay mucha agua. A veces cuando estoy limpiando me veo en el reflejo de los cristales, tan fea. Las otras niñas de la casa no, van siempre limpias y con ropas nuevas.

Hay dos niños y dos niñas en la casa, son como yo, tienen más o menos mi edad. Ellos, también las niñas, van a la escuela. Pero no sé qué aprenden, no me hablan nunca, ni me miran. Cuando vienen los invitados los domingos, tampoco me saludan. A veces pienso que soy transparente.

Sólo me dejan salir dos veces a la semana, a acompañar a la señora para hacer la compra. Cuando salen todos, me encierran en casa. No hablo con nadie, nadie me habla si no es para darme órdenes o gritarme.

Estoy siempre sola, trabajo sola, como sola, duermo sola. Y a mi no me gusta estar sola.

A veces abro la caja y hablo con mi piedra, le cuento las cosas que me pasan, le cuento que me gustaría que fuera una piedra mágica y me transformara en una niña no transparente. Y me pongo un poquito la pulsera, sólo así muy rápido. Pero eso sólo lo hago a veces, y todo muy bajito, porque me da mucho miedo que me escuchen y entonces descubran mi cajita. No quiero ni pensar en eso.

VERANO

He visto a mi mamá, vino a visitarme, es la primera vez que la veo en las 48 semanas que llevo aquí, y la primera vez que me dan un tiempo libre. Estuvo bien verla porque me abrazó y me contó cosas, me regaló un pañuelo. Pero no me dejaron salir, estuvimos aquí dentro con ese calor sofocante, y con la señora siempre rondando. Yo no le conté nada a mi mamá, no tengo nada bueno que contarle.

Parece que esta gente realmente le paga mi sueldo, pero no sé cuánto, se lo pasan a ella directamente. Igual no debe ser mucho, el otro día escuche desde la cocina que la señora hablaba con otra señora amiga suya, y decían cómo era mucho mejor tener a una niña en lugar de una mujer trabajando en la casa, porque es mucho más barato, cuesta lo mismo que un saco y medio de harina.

La verdad es que cada día pienso en escaparme, pero tengo tanto miedo...

OTOÑO

Ya son tantas las semillas que casi perdí la cuenta. Cómo no me cabían más en la caja, y sólo sé contar hasta 50, tuve una idea: cuando llegaron a 50 he dejado sólo una semilla, la más grande. Luego vinieron otras 50, y otras, y otras. Ahora tengo 4 semillas grandes, más 17. No sé calcular cuantas semanas son, o cuantos días, pero son muchos.

Creo que tengo ya 11 años. La ropa lila que traje hace tiempo que ya no me sirve, tengo que usar siempre esos trapos viejos que me dejan. Me gustaría tanto poder salir un poco, los días son lindos después del verano tan caluroso. Pero sólo puedo ver los días cuando toca ir al mercado.

Ayer rompí un plato, y como siempre me dijeron que me lo iban a descontar del sueldo, y me pegaron en las manos. Ya las tengo muy gruesas ahora, pero me dolió un montón. Aún me duele.

INVIERNO

Todavía no puedo creer lo que ha pasado hoy.

Llegó mi mamá, así, de repente. Habló con la señora en el comedor, después vino y me confirmó lo que yo ya había escuchado: nos vamos. ¡No lo podía creer! Tuve ganas de abrazarla y la abracé, mucho.

Al salir, me contó que me iba a llevar de vuelta a Marrakech, a la casa de la señora Djamila, porque esa mujer me quiere mucho, como a una hija, como a una nieta. Entonces se puso a llorar y me abrazó otra vez.

Yo no entendía nada y me contó que los hijos de Djamila, cuando volvieron de estudiar en Europa, le fueron a hablar, y le contaron que yo no estaba bien en esa casa de Agadir, que me maltrataban. Le dijeron también que su madre siempre me recordaba, hablaba de mí, deseaba mucho que yo volviera a vivir en su casa. Entonces mi mamá decidió venir a buscarme. Sonrió, hacía mucho que no la veía sonreír. Yo también sonreí, pero fue como raro.

Y más cosas me contó: que tengo una hermana, y se llama Zineb. Que ella había tenido un nuevo marido, con quien tuvo a mi hermana, y después él también se fue, pero que ella no está triste. Está trabajando en una fábrica, también cerca de Marrakech.

Vine apretando mi piedrita contra el pecho todo el camino. Quiero conocer a mi hermanita Zineb.

INVIERNO

Ya sé leer. Dos veces a la semana voy a un curso de alfabetización. Las profesoras se sorprendieron, me dicen que aprendo muy rápido. Ya escribo un poco también.

Vivo y trabajo en la casa de la señora Djamila, pero ahora es otra historia. No estoy todo el día cansada ni tengo las manos destrozadas, trabajo menos horas, tengo un día de descanso a la semana como todos. Pronto cumpliré 13 años, sé leer, y podría contar hasta el infinito ahora, si quisiera. Pero ya no tendré que hacerlo.

No hace mucho conocí a mi padre. Él nunca me reconoció legalmente, y nunca me va a reconocer, tiene otras tres familias. Pero estuvo bien conocerle, un poco raro, no teníamos mucho que decirnos, pero tenía curiosidad de verle.

De todos modos ahora tengo un documento. Con la ayuda de la señora Djamila, mi madre me ha registrado y ahora tengo un carné de identidad. La otra cosa que tengo es una cuenta en el banco, que me abrió la señora; cada mes ella me ingresa 300 dirhams. Cuando sea mayor, con ese dinero abriré mi propio negocio de pulseras de cuentas. Será mío y de Zineb. Hablo bastante con ella, va a la escuela cada día y es muy, muy lista. Le encantan las matemáticas.

Ah, y con mi piedra, he hecho un collar. No me lo quito nunca.





ALICHA



El otro día la profesora del centro donde aprendo a leer me preguntó cuantos años tengo. No lo sé, le dije. Nunca nadie me lo había preguntado. Entonces preguntó si recordaba cuándo había llegado aquí. Y no, tampoco lo sé.

No sé, no recuerdo mucho, sólo que cuando vine era muy pequeña, que estaba en el patio jugando y vino una mujer con un coche muy grande y mis padres me dijeron que fuera con ella. Luego estuvimos mucho tiempo viajando en ese coche grande y después llegamos aquí, a la casa de la señora. Y yo no entendía nada porque sólo hablaba berber¹, y ellos árabe. Poco a poco aprendí su idioma, y ahora hasta sé leerlo. Lo aprendí en el centro, fue la señora quien me llevó ahí, me dijo que sería bueno para mí, aprender a leer.

¹El berber o bereber es como se conoce a los pueblos no árabes que han poblado y pueblan vastas áreas de la región del Magreb, y al idioma que utilizan. Este es un concepto que puede tener connotaciones peyorativas, siendo más correcto el uso del concepto «Amazigh» (que significa «hombre libre»), para denominar el pueblo, y «Tamazight» para el idioma. Sin embargo, para adecuarnos al lenguaje de las niñas entrevistadas, hemos preferido mantener la palabra berber.

No sé, es que era muy, muy pequeña cuando llegué, por eso no recuerdo mucho, sólo que todo aquí era diferente de allá, y... Había un niño, un niño que era mi amigo, y con él sí podía hablar berber, era el único que me entendía. Sí... Él me entendía bien. A veces venía, venía sólo cuando no había nadie cerca, yo creo que nadie más lo conocía, sólo yo. Y hablábamos, mientras yo hacía todo el trabajo de siempre, se llamaba Khalid. Era mi amigo, me escuchaba. Ah, sí, y cuando yo tenía que cuidar sola a los bebés, él también estaba, me ayudaba porque los bebés lloraban mucho. Sí... Jugábamos a que éramos hermanos y ésta era nuestra casa y nuestros pequeños hermanitos, y los calmábamos. Y después no recuerdo más, pero Khalid ya no vino nunca, sólo venía cuando yo era muy pequeña... Y no sé qué le pasó, nunca supe de donde venía, quien era, a veces me sigo preguntando quién era... Desde entonces no he tenido más amigos, porque tengo que trabajar mucho.

Luego lo que más recuerdo es estar en la casa, trabajando, limpiando, haciendo la comida, ayudando con los niños, haciendo las compras. Ah, las fiestas también, recuerdo las fiestas, ver a mi madre y a mi padre, tomar dulces y té con ellos, y también el día que la señora me regaló esta ropa que me gusta tanto.

La señora es buena conmigo, me di cuenta que tengo suerte porque hasta como en la mesa con ellos, tengo una pequeña habitación con una ventanita, y a veces puedo ver a mis padres, y también puedo aprender a leer... Porque ahí en el centro conocí a otra chica, se llama Abeer y también es «petite bonne» así cómo yo, pero estaba muy, muy triste, nunca sonreía, tenía sólo una ropa muy vieja, se había escapado y no quería volver a la casa de su señora. Decía que dormía en el suelo de la cocina y le pegaban, y me enseñaba sus manos heridas de tanto trabajar. Y

sí, estaban muy lastimadas, de verdad, las mías no están tan mal, pero tampoco son finas, no son finas y delicadas como las de la señora, ¿cómo van a ser finas si yo trabajo todo el día? Pero eso es así, nosotras somos así, ellas son diferentes.

Aunque es verdad que un día la señora enfermó y tuve que cuidarla en su habitación, ella dormía y tenía la mano al borde de la cama muy cerca de mí, y me quedé mucho tiempo mirando sus manos, tan delicadas, no hace falta tocarlas para saber que son tan suaves, sus uñas tan cuidadas y brillantes, parece que se van a romper si las tocas. Y las comparaba con las mías, tan feas que no quería ni mirarlas. Abeer, la chica que conocí, sentía vergüenza de sus manos, las escondía, y me decía, tú, tú tienes una sonrisa tan bonita... Yo no sé, nadie nunca me había dicho eso, yo sonrío, no sé porque sonrío, será porque tengo suerte.





IKRAM



Esta escalera no termina nunca, cada escalón se hace más grande que el otro... Cierro los ojos y es como si cayera, me duele todo el cuerpo, hace calor pero tengo frío, las manos me queman, los ojos me arden, pero tengo que limpiar bien cada rincón de cada escalón, sino la señora me va a pegar.



Me fui de casa hace mucho tiempo. Era muy pequeña, tenía 8 años. Ahora tengo 12. Me fui porque no estaba nada bien ahí: mi padre es el que manda y se enoja mucho cuando las cosas no van como él quiere; mi madre sufre y no puede decir nada. Mi padre tiene otra mujer y muchos hijos. A nosotras, las niñas, nos trata mal. Con los niños es diferente, pueden ir a la escuela, los prefiere. En cambio, las chicas no le importamos. Así que en cuanto pude, me fui.

Me fui con un señor que llegó un día al pueblo con un coche grande y bonito. Era un hombre del pueblo que había tenido mucho éxito en la gran ciudad, y venía buscando a niñas que

quisieran trabajar allí. Decía que ahí la vida era mejor, «muchas oportunidades», «buenos maridos», venía con una chica toda bien vestida y decía, mira qué bien se puede estar en la ciudad. Yo fui la primera en decidir que iba, luego vinieron otras tres niñas en el coche. Llegamos a la ciudad y nunca más las vi.



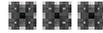
Una vez llamaron a la puerta dos mujeres muy amables. Me saludaron y pidieron hablar con la señora. Pensé qué raro que me saluden, nunca lo hace nadie. Vino la señora e hizo una señal, la misma que hace a los perros, para que me fuera. Pero cómo se puede oír un poco desde la cocina, oí que aquellas mujeres le dijeron que eran de una asociación y le preguntaban sobre mí. La señora no estaba muy contenta de responder. Hablaron algo de aprender a leer y escribir, y si la señora quería enviarme algunas horas por semana a un lugar. La señora les dijo que no, que a mí no me hacía falta aprender esas cosas, que una «petite bonne» no necesita saber esas cosas, ya sabe todo lo que tiene que saber. Y adiós.



Ya estuve en unas cuatro o cinco casas diferentes. Todas iguales. Trabajar, trabajar, trabajar todos los días, sin descanso. Ser la primera en despertarme, la última en acostarme. Siempre vigilada, encerrada. Tener controlada hasta la cantidad de agua que uso, poder ducharme sólo a veces, comer las sobras, vestir trapos, dormir sobre el suelo en la cocina. Estar sola, siempre, todos los días. Los perros son los únicos que me saludan.

No he visto a mis padres desde que me fui. Nadie nunca me

buscó, nadie se preocupó por mí, ni siquiera en fiestas han aparecido, o enviado a alguien del pueblo. Sé que mi madre quiere saber dónde estoy, pero no puede decir nada. Es mi padre quien manda y mi madre calla. No tengo más familia.



Le he pedido a la señora que, por favor, me pague. Al principio había dicho que me pagaría pero desde que trabajo aquí no he recibido nada, y de eso ya hace varios meses. Dice que ya me da techo y comida, que qué más puedo querer. Le dije que si no me pagaba me voy. Entonces me tiró de los pelos y me amenazó con que si me voy, me denunciaría a la policía, diciéndoles que la robé y me fui con el dinero.



Sudo, tiemblo, tengo frío, pero no puedo parar. Me duele, me queman las manos, esta escalera es interminable, y creo que está sonando el timbre, ya están llegando los invitados.

24

25

Me voy. No sé adonde, no puedo volver a mi casa, no quiero trabajar en otra casa de éstas, no sé qué hacer, pero de esta casa me voy.

Sólo quisiera que todo esto acabe.





NORA



Es una mañana nublada de febrero y entra Nora, acompañada de su patrona. Al contrario de la mayoría de las niñas recién llegadas, va bien vestida, toda de marrón, con un velo beige haciendo conjunto con su kaftan¹, los ojos maquillados con henné y un anillo de plata. Es muy bonita. Parece tener unos 15 años.

26

27

La recibo y me presento:

«Hola Nora, bienvenida. Cómo ya te han explicado antes, debemos hacerte una entrevista individual, antes de que empieces a venir al centro y atender a clases. Yo me llamo Shaima y te haré la entrevista. Mucho gusto.»

Ella me mira y esboza una sonrisa al extenderme la mano. Saludo también a la señora y le pido a Nora que pase a la otra sala. Antes mira a su patrona, una mirada que está entre pedir permiso y saludar; la señora asiente con la cabeza.

¹Especie de túnica

Las primeras entrevistas con niñas «petites bonnes» suelen ser difíciles, llenas de silencios, hay que ir con mucha cautela porque ellas no están acostumbradas a tener a alguien que esté ahí simplemente para escucharlas, no están acostumbradas a hablar de sí mismas. Luego, en la mayoría de los casos, cuando empiezan a soltarse, lo cuentan todo. Pero con Nora no hay preámbulos. Le pregunto su nombre completo.

«Me llamo Nora Mjid y tengo 20 años. Nací el 24 de febrero 1986, en un pueblo cerca de Agadir.»

Le sonrío y le ofrezco un té. No me sorprende que Nora tenga ya 20 años aunque aparente 15. Suele pasar con casi todas las «petites bonnes», trabajan tan pesado que no pueden desarrollarse bien físicamente, muchas parecen tener menos de su edad real. A la edad de ser mujer tienen la apariencia de niñas.

Sigo con la entrevista:

«¿Recuerdas cuándo dejaste el pueblo para trabajar en la ciudad?»

«Era muy pequeña. Mi madre murió, y mi padre volvió a casarse. Pero no me cuidaban, no me daban cariño, no se importaban conmigo... Un día mi padre me propuso ir a trabajar a la ciudad, para ayudar en la casa con el dinero, y acepté. Prefería irme a quedarme allí, tenía ganas de irme. Sé que mi padre también prefería que me fuera. Por lo demás no recuerdo muy bien, hace mucho tiempo, era muy pequeña.»

«¿Adonde te enviaron?»

«Había venido una mujer de la ciudad, decía que buscaba a alguien para cuidar a su nieto, y me enviaron con ella. Dijo a mi padre que me llevaba a una ciudad cerca, pero me llevó en otra dirección... Hicimos un viaje muy largo, muchos kilómetros, y llegué a una ciudad que me parecía muy diferente de mi región, la gente era diferente... No entendía muy bien, y la mujer no quería explicarme nada. Empecé a trabajar en la casa de esta mujer, que en realidad no tenía hijos.»

«¿Cómo era el trabajo en esa casa?»

«Me hacía trabajar del amanecer hasta tarde en la noche. Cada vez que terminaba algo, me daba enseguida otra tarea, aunque no hacía falta. Nunca podía descansar, hacía todo en la casa, no sé cómo la señora encontraba tantas cosas porque la casa no era tan grande, y no hacía falta. No entiendo cómo no se daba cuenta de que estaba cansada y necesitaba descansar... No lo entiendo...»

Nora se detiene y sopla el té.

«Esa señora que te acompaña ahora, ¿es esa misma mujer?»

«No» –Nora abre grandes los ojos, los tiene muy expresivos.– «Estuve en varias casas después de esa... A esa mujer de la primera casa, un día le dije que me iba, y entonces me dijo que no me fuera, que quería adoptarme, quería que fuera su hija porque no tenía ninguno. Me dijo que yo no tenía más familia, que la única familia que tenía ahora era ella. Y es que durante tres años hizo todo para que yo perdiera el contacto con mis padres. Cada día me decía que no me querían y que para mí era mejor quedarme con ella, hacía todo para montarme contra mi familia y poder

adoptarme. Yo no quería, tengo familia. Hacía mucho tiempo que no les veía, pero es que ellos no tenían cómo saber donde estaba... No tenía contacto con nada de mi vida pasada. Entonces un día huí de la casa. Caminé mucho, muchas horas y encontré a un policía. Empezó a buscar a mi familia, y me llevaron a mi pueblo, pero mi padre enseguida me puso en otra familia, en Agadir, la ciudad más cerca de nuestro pueblo. Mis hermanas también trabajan en la ciudad.»

Nora está llorando, pero quiere seguir hablando.

«¿Cuántos años tienen tus hermanas?»

«Ahora tienen 14 y 16 años, pero no las veo, trabajamos mucho.»

«¿Trabajan en una casa también?»

«Sí.»

«Y hermanos, ¿tienes?»

«Sí, uno. Está en el pueblo, trabaja con mi padre cuidando la parcela que tiene mi familia, fue a la escuela unos años pero luego lo dejó.»

«Y esta segunda familia que te empleó, ¿cómo era?»

«Bueno, cómo las demás... Tenía que trabajar todos los días, sin descansar nunca, tenían dos niños y tenía que cuidarlos, limpiar la casa y preparar las comidas, a veces me enfermaba, me dolían

muchos las manos, pero nadie me cuidaba, tenía que seguir trabajando... Así que también la dejé, cuando volví al *bled*² para las fiestas, ya no quise volver a esa casa. Entonces me enviaron a otra. Siempre así, trabajé en siete casas. Todas iguales.»

«¿Alguna vez te acosaron?»

«Encontré a muchos hombres que lo intentaron pero nunca lo consiguieron. Un día un amigo de mi patrón vino y empezó a seducirme, a decir que me quería, que quería casarse conmigo. Para ver sus intenciones jugué a la tonta y decía 'sí sí sí', un día me dijo ven conmigo, te voy a enseñar la casa donde vivirás, sígueme que te la enseño. Y vi que quería abusar de mí, quería llevarme a su casa para abusar de mí... Así que huí de esta casa para no volver a verlo nunca más... Muchos hombres abusan de las 'petites bonnes' porque no nos consideran como mujeres, o como personas, y saben que si nos hacen algo no pasará nada, nadie dirá nada, no habrá juicio, ni queja... Si un hombre abusa de una mujer hay juicio y todo, así que antes de tocarla el hombre se lo piensa y se dice que no quiere problemas, así que no la toca. Pero con nosotras es diferente, pueden hacer lo que quieren y nadie dirá nada y nosotras tendremos la culpa de todo... Es siempre así.»

«Y ahora, ¿cómo estás?»

«Ahora tengo 20 años y trabajo haciendo lo mismo en una casa, pero la señora me ha dejado venir aquí para que aprenda a leer y escribir... Me da ropa limpia que me va bien, y cuando estoy cansada me deja descansar un poco.»

²Pueblo

«¿Cuánto cobras?»

«900 dirhams³.»

«Ah, está bien, y ¿es todo para ti?»

«No, tengo que dar cada mes 800 dirhams a mi padre.»

«¿Vuelves al pueblo cada mes para ver tu familia y darle el dinero?»

«No, me quedo aquí, mi padre viene y le doy el dinero.»

«Pero tienes 20 años, eres mayor de edad y puedes quedarte con tu dinero, ¿no?»

«No, no puedo, tengo que dárselo a mi padre, es él quién decide.»

Nora se queda unos segundos callada.

«Nunca perdonaré a mi padre lo que me hizo y lo que le hizo a mis hermanas, pero bueno es así y tengo que darle el dinero. Nunca trabajé para mí. Cada día... Es para él... Para mi familia... Yo trabajo y él recibe el dinero.»

«Pero ¿por qué no le dices a tu padre que te deje el dinero?»

«Es así mi familia es así... No se dan cuenta... No saben, son ignorantes. Es así, es mi padre, tengo familia y tengo que trabajar para ayudarla.»

³Equivalente a unos 90 euros

«¿Te gusta tu vida ahora?»

«No, nunca me gustó mi trabajo pero tengo que hacerlo.»

«¿Para ti hay alguien que es culpable de tu situación?»

«Mi padre. Si mi padre no quisiera que trabaje, no trabajaría. Si mi madre no hubiese fallecido, quizás no estuviese trabajando así. Tenemos una parcela, podría ayudar ahí.»

«¿Hablas de esto con tu padre?»

«Cuando le veo y me quejo de mi situación él me dice: ‘pero de todas maneras en tu casa tendrías que hacer esto también, tendrías que limpiar, cocinar y planchar, pero tu situación es mejor porque te pagan por esto, es mejor.’ Entonces yo le contesto que por lo menos en mi casa la gente me saludaría. Pero el problema para mí es la ignorancia, la gente no se da cuenta.»

32

33

«¿Cómo te sientes ahí en la casa?»

«Me siento sola, pero estoy bien ahora. Antes, cómo no podía hablar con nadie, creé la costumbre de hablar conmigo misma, así me doy fuerza, me digo que tengo que aguantarlo, que no tengo que huir a la calle, no tengo que dejarlo, porque un día todo irá mejor.»

«Y tu futuro, ¿cómo lo ves?»

«Me gustaría casarme...» – sonríe tímida – «Estoy enamorada de un chico, tiene mi edad y una buena situación, trabaja mucho. Hace ya dos años que nos conocemos... Pero él no sabe que soy

'petite bonne', no sabe que le quiero... Y no se lo voy a decir porque seguro que si se entera de que soy una 'petite bonne', no me hablará más. No pienso que me pueda casar con él... Prefiero que no sepa nada, así podemos seguir hablando.»

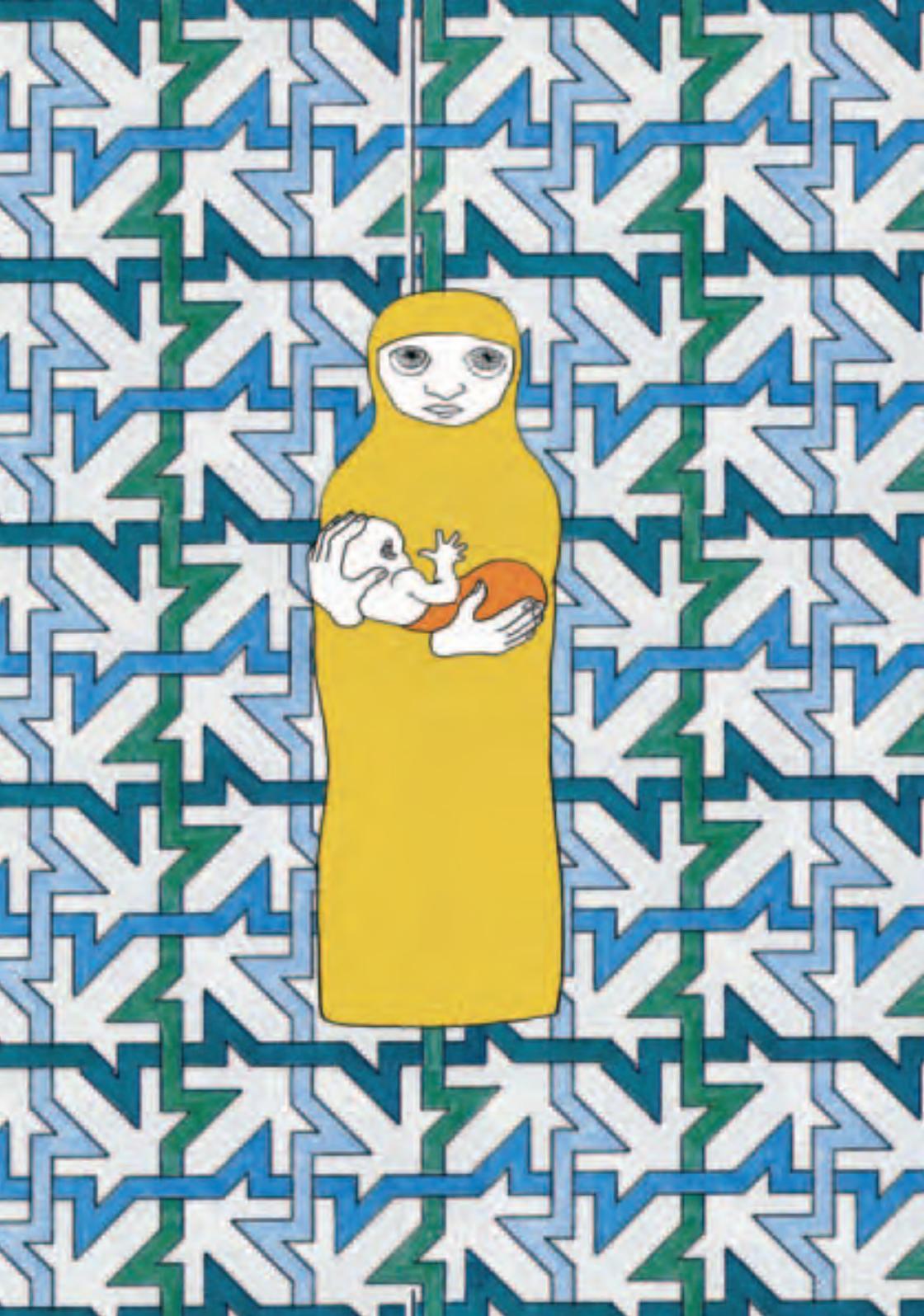
Nora da un suspiro largo. Nos miramos.

«Tengo ganas de aprender a leer y escribir.»

«*Cuando quieras puedes empezar, Nora*» – le extiende la mano, me aprieta firme. – «*Muchas gracias, ha sido un verdadero placer conocerte y hablar contigo. Nos vemos por aquí.*»

Ella simplemente sonríe. Ya ha dicho todo lo que tenía que decir.





KHADIIJA



Khadija se despertó con una fuerte contracción. Había llegado. Se envolvió en la manta y salió a la calle, inspirando, aspirando y abrazando la barriga.

No había absolutamente nadie, era plena madrugada. La casa de la partera quedaba a unas tres calles. Qué suerte había tenido en conocer a esa mujer. Y qué suerte que viviese tan cerca de esa habitación sórdida donde Khadija ahora dormía.

Apenas había recorrido media calle, tuvo otra contracción. Se sentó en el suelo, no aguantaba de pie. Cuando pasó, se levantó un poco mareada y siguió caminando, la siguiente le vino cuando ya estaba en la puerta de la casa de la partera, quien al oírla se asomó a la ventana.

«¡Mujer!» – La partera cruzó rápido la puerta y la sostuvo con manos firmes – «Ven, pasa, pasa.»

La acostó en la cama y se puso a calentar agua, mucha agua. Khadija estaba sorprendentemente serena.

«¿Cuánto hace que empezaron las contracciones?»

«No mucho, tuve una y ya sabía que era la hora, entonces me vine directamente para acá, tuve otra contracción en el camino, y luego aquí, cuando me viste» – Khadija cogió aire. – «Gracias por ayudarme, Zahra, de verdad, gracias.»

«No me agradezcas ahora, hija, concéntrate en la respiración, ese crío no tardará.»

Y no tardó. Veinte minutos después, Khadija tenía en sus brazos a una hermosa niña recién nacida.

Las dos lloraban.



Cuando Khadija se despertó el día siguiente, Zahra le había preparado té y pan.

«Eres un ángel, Zahra. No sé cómo agradecerte. Estoy totalmente sola, si no fuera por ti...»

«Yo sé qué es ser madre soltera, hija mía. Y tu has sido muy, muy valiente. ¿Cómo se llamará la niña?»

Khadija no había decidido ningún nombre. En ese momento lo supo.

«Zahra, cómo tú. ¡Es un nombre tan bonito!»

La partera la miró profundamente a los ojos, miró a la niña con un suspiro largo.

«Gracias.»

Khadija tomó el té, comió el pan, le dio de comer a la pequeña Zahra, que tenía un apetito voraz, y volvió a dormir.



Al despertarse, vio a Zahra con el bebé en sus brazos.

«Es muy tranquila esta niña. Casi no llora» – Zahra le pasó la pequeña a la madre. – «Toma, tiene hambre.»

«Es tan linda mi niña.»

Estuvieron varios minutos en silencio, las tres hipnotizadas por el acto de amamantar. Luego la niña se durmió, Zahra se puso a hacer labores de casa. Khadija estaba muy despierta ahora.

38
39

«Yo ya tuve que cuidar a bebés, cuando era pequeña, pero no eran cómo mi Zahra, gimoteaban mucho y no había cómo pararles... Lo que más miedo me daba era que la señora de la casa, la madre de los bebés, me decía que si lloraban era porque yo les debí haber pegado... Me daba terror cada vez que lloriqueaban» – se le hizo un nudo en la garganta, pero aguantó. – «Me dejaban encerrada en la casa con los bebés y si cuando volvían estaban berreando, me pegaban.»

Zahra no se sorprendió.

«¿Tú trabajabas en esa casa?»

«Sí. Desde pequeña fui 'petite bonne'. Pero mi hija no lo será. No sé cómo lo haré, pero a esta niña siempre la tendré cerca de mí.»

«¿Cuántos años tienes ahora?»

«Tengo 17. Cumpló 18 en...» – empezó a contar con los dedos – «Cinco meses.»

«Y tus padres, ¿donde están?»

«En el pueblo. En Chicoua, queda en las montañas, entre Agadir y Marrakech. Mis padres me quieren mucho, pero no puedo volver con un crío. Tú sabes cómo es, estas cosas no se aceptan fácilmente...»

Zahra asintió con la cabeza, resignada. Khadija siguió hablando, hacía mucho que nadie la escuchaba.

«Mis padres siempre han sido buenos conmigo. No querían que trabajara, incluso empecé a ir a la escuela de pequeña, fui durante un año. Pero somos pobres, era muy difícil pagar los gastos, así que tuve que trabajar. Mis padres conocían a una mujer que vivía en la ciudad y necesitaba a alguien, entonces me enviaron ahí. Yo lloré mucho pero entendí, lo necesitábamos, no teníamos dinero. Y a la ciudad me fui. Trabajaba tanto que en las manos se me hicieron grietas, pero al menos no me maltrataban, no me insultaban o pegaban como esos otros que vinieron después...»

«Yo sé cómo es. Conozco a muchas niñas como tú. Si tienes bue-

nos patrones, puedes estar más o menos bien, pero si no... Y hay muchos que no, no sé qué piensan, que no sois seres humanos» – Zahra sacudía la cabeza, mientras barría. – «¿Y por qué te fuiste de esa casa?»

«Porque pasó algo muy bueno, la situación de mi familia mejoró un poquito, entonces mi padre me dijo que ya no necesitaba ir a trabajar, que podía volver al pueblo y estudiar. Pero la escuela ya no me aceptó de vuelta, porque yo había estado fuera mucho tiempo. Eso fue horrible. Así que no tenía nada que hacer en el pueblo, también era imposible que me enviaran a estudiar en la ciudad, imposible, demasiado caro. ¡La vida en el pueblo es tan difícil! Así que decidí volver a trabajar.»

Zahra la escuchaba atenta.

«Y fue ahí cuando tuve mucha mala suerte y me tocó esa casa donde había los bebés, ese lugar fue muy duro. Me trataban como basura, me hacían trabajar tanto que enfermaba siempre, y nunca me daban medicinas o me dejaban reposar. Ni de noche descansaba, porque dormía con los bebés, y se despertaban a cada rato. Tampoco me pagaban, siempre iban retrasados en pagarme, para tenerme enganchada, pensaban que así nunca me escaparía. Pero me fui igual. Una vez que pude volver al pueblo para las fiestas, no regresé jamás a esa casa. Me debían un montón de dinero pero no volví. Dije a mis padres que me habían maltratado, a ellos no les gustó nada oír eso, pero qué podían hacer. Entonces me buscaron otra casa, y fue esa casa donde estuve hasta hace... Siete meses.»

Khadija se quedó estática, mirando a la niña que dormía. Luego bajó los ojos, la voz le salió entrecortada.

«Al principio en esa casa tampoco estaba tan mal, lo de siempre, mucho trabajo... Pero el señor, el dueño de la casa tenía un amigo que venía siempre... Y yo veía que me miraba de una manera que me daba escalofríos... Se me acercaba, y yo no podía hacer nada, nada...» – Khadija se puso a llorar profusamente.

Zahra se acercó y le apoyó las manos sobre el hombro. Tenía manos gruesas y calientes, manos de una mujer que sabe muchas cosas.

«Al principio sentí rabia, ¡tanta rabia! Lloraba, lloraba sola, en el cubículo donde dormía, no quería ese bebé dentro de mí, sentía que no era mío. No tenía con quien hablar, no sabía qué hacer. Me desesperé. Me escapé de la casa antes de que se empezara a notar, y me vine aquí, con las monedas que tenía. Alquilé esa habitación minúscula en la pensión, ahí donde nos conocimos, a cambio de cocinar y trabajar para la dueña. Estaba cómo inerte, sin sentir nada, sin ánimo para nada. Pero de pronto empecé a querer a esta vida dentro de mi barriga, la quería cada vez más. Y ahora mira esa niña lo que es. No sé cómo puede ser así, tan linda.»

Zahra se había sentado en el borde de la cama, le cogió la mano, Khadija sollozó mucho tiempo hasta que se calmó. Zahra le trajo otro té.

«Tú has sufrido mucho ya, y ya sabes lo que te espera. No hace falta que te lo diga nadie. Pero al menos tienes una familia, seguro que están muy preocupados, preguntándose donde estás. ¿Por qué no les buscas? Por supuesto les costará aceptaros, a ti y a tu Zahra. Pero quizás te acojan, o te ayuden. No te quedes aquí, sola.»

«Quizás tengas razón, pero es tan difícil volver así... Tan difícil... No sé. No sé qué será de mi vida, sólo que a esta niña, la tendré siempre cerca de mí.»

La pequeña Zahra se despertó: tenía hambre otra vez.



¿QUÉ ES SAVE THE CHILDREN?

Save the Children es una Organización No Gubernamental (ONG) que trabaja para la defensa y promoción de los derechos de la infancia, en el marco de la Convención sobre Los Derechos del Niño de Naciones Unidas, y que lucha por un mundo más justo para todos los niños y las niñas.

Save the Children es una organización privada sin ánimo de lucro, plural e independiente desde el punto de vista político o religioso. Su objetivo fundamental es la defensa activa de los intereses de los niños y niñas, especialmente de los más desfavorecidos.

Cuenta con organizaciones nacionales en 28 países, que juntas forman la Alianza Internacional Save the Children, y está presente en más de 100 con programas de ayuda. Los niños son lo primero y se actúa donde es necesario, sin importar política, etnia o religión. Por eso, desde 1919 trabaja en las principales áreas que les afectan: educación, salud, nutrición, trabajo infantil, prevención del abuso sexual, reunificación de los niños con sus familias tras catástrofes y guerras, etc.

En España llevamos más de quince años trabajando en programas de ayuda a niños y niñas españoles y de otras partes del mundo. Creemos que el respeto a los derechos humanos empieza por la infancia. Por eso, luchamos para que ser menor de edad no signifique ser menor en derechos, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

Save the Children trabaja en Marruecos defendiendo los derechos de los niños y de las niñas, víctimas de abuso, explotación o abandono, especialmente en las ciudades de Tánger y Tetuán, en el norte del país. Durante 2005 hemos continuado con las redes de protección contra la explotación y el abuso sexual, en las ciudades mencionadas junto a representantes de los ámbitos sanitario, educativo, judicial, policial y comunitario para avanzar en la prevención y asistencia de calidad a estos y estas niños y niñas.

Save the Children en Cataluña

Teléfono: **93-310 52 00**

Web: **<http://www.savethechildren.es>**

Correo: **catalunya@savethechildren.es**

Para Aicha, Ikram, Khadija, Najoua y Nora su infancia han sido los muros de una casa que no es la suya. Como la infancia de, al menos, 66.000 niñas marroquíes, conocidas como Petites Bonnes, las pequeñas que sirven para todo, que queden encerradas por años trabajando todas las horas del día bajo un techo ajeno, sin infancia, sin sonrisas, sin juegos... Un mundo de pesadilla, una situación que vulnera todos los derechos de la niñez. Que sean sus palabras, no las nuestras, las que nos presenten esa realidad.



Diputació
Barcelona
xarxa de municipis



Save the Children